
EUROPA, DISTANTE PERO NECESARIA

Lorenzo Meyer

En marzo de 2007 los europeos celebraron medio siglo del inicio de un notable experimento cuya meta era, en principio, impedir que en ese continente volvieran a estallar choques de intereses nacionales, similares a los que los habían conducido a dos guerras mundiales, en la primera parte del siglo XX. La Unión Europea (UE), un experimento de integración económica y política de 27 estados nacionales todavía en evolución —buscaba pero aún no lograba, una Constitución para tan complejo mosaico de nacionalidades—, ya tenía en su haber la superación del histórico conflicto franco-alemán y el logro de un notable desarrollo económico. Para México, la UE contenía la posibilidad de construir con ella una relación económica, política y cultural que, en el largo plazo, le permitiera volver a lograr un cierto equilibrio en sus relaciones internacionales, para evitar que continuaran concentradas, de manera abrumadora e insana, en su vecino del norte: Estados Unidos.

Cuando se habla de las relaciones con Europa, el primer problema a zanjar es lo vago del vocablo. ¿Qué se incluye y excluye con el término *Europa*? Desde la Grecia clásica, Europa —nombre de la princesa fenicia que Zeus raptó y con la que tuvo tres hijos: Minos, Sarpedón y Radamantis— estuvo definida sólo parcialmente por la geografía —la porción de tierra ubicada al norte del Mediterráneo y al este del río Don, en Rusia—, aunque, en realidad, no hay ningún gran accidente geográfico que la separe de Asia. No obstante, en la definición entran, además de los geográficos, los componentes históricos, políticos, culturales y religiosos. Para los griegos clásicos, los persas eran, además de sus enemigos históricos, unos bárbaros asiáticos y, justo por ser distintos, por pertenecer a sociedades serviles gobernadas por tiranos, contrastaban con los griegos, que decían identificarse con un valor europeo superior: la libertad.

En la Edad Media, a ese primigenio elemento político-cultural se añadió el religioso: Europa se identificó con la cristiandad y sus habitantes se consideraron descendientes de Jafet, tercer hijo de Noé, y hermano de Sem y de Cam, supuesto progenitor de la raza aria o indoeuropea, lo que les hizo afianzar su sentido de superioridad frente a sus vecinos (y adversarios) paganos. El Renacimiento y la Ilustración, añadieron a la identidad europea los valores propios de la ciencia y del desarrollo económico capitalista, con lo que se volvió a reafirmar la identidad de Europa como una civilización moral y materialmente superior al resto.¹ Con esa ya añeja idea de la superioridad, Europa justificó, en términos de una torcida moralidad, el ejercicio de un dominio colonial sobre el resto del mundo, incluyendo, claro está, América.

Para México, en términos históricos, la Europa con la que se relacionó de manera más estrecha y sistemática fue, básicamente, la occidental. Y esa distinción de dos Europas se afianzó tras la conclusión de la segunda guerra mundial, en 1945, y el inicio inmediato de la guerra

fría. Para propósitos de este capítulo, la Europa política, cultural y económica a la que México se vinculó estuvo conformada por Inglaterra, los países del Mediterráneo y los países centrales, sobre todo Alemania.

La primera guerra mundial (1914-1918), esa especie de intento de suicidio colectivo de la Europa imperial y nacionalista, obligó a una reflexión crítica sobre su presunta superioridad moral y cultural, y, en la práctica, fue el inicio del debilitamiento tanto del control político como de la influencia económica europeas sobre el resto del mundo. No obstante, grandes experimentos políticos y sociales, que tendrían efectos directos y múltiples reverberaciones en todo el mundo, surgieron entonces en Europa: el régimen bolchevique en Rusia, el movimiento fascista en Italia y el nacionalsocialista en Alemania. En México, como en todo el mundo periférico, ese radicalismo europeo tuvo un impacto ideológico y efectos políticos.

La segunda guerra mundial (1939-1945) pulverizó los débiles avances que se habían intentado en la construcción de una Europa menos autodestructiva —la materialización de la idea paneuropea hubiera requerido de la entonces casi imposible reconciliación franco-alemana y por eso no pasó de ser una idea más, sin base en la realidad— y, en cambio, dejó al descubierto que la gran “civilización europea” no contenía ningún antídoto contra la barbarie.² Al concluir esa segunda catástrofe, en apenas tres decenios, durante la primera mitad del siglo XX, Europa se encontró, literalmente desangrada y exhausta, pero, a la vez, como objeto y teatro privilegiado de la guerra fría, como se conoció a la gran disputa global entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Muy pronto, el continente europeo quedó dividido en dos mitades irreconciliables, por un lado la Europa oriental, dominada por la Unión Soviética (URSS) y, por el otro, la Europa occidental, bajo la protección militar y tutela política estadounidense, a través de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

La división este-oeste, durante la guerra fría, mantuvo a México firmemente arraigado en la zona de influencia estadounidense y sólo reforzó la tendencia histórica del país a centrar sus relaciones económicas, políticas y culturales con la Europa occidental. En suma, tanto México como los sistemas políticos de la Europa occidental quedaron englobados bajo el gran paraguas político-ideológico-militar-económico estadounidense. Y sería como parte del llamado “mundo occidental”, agrupado en torno a Estados Unidos, que México iba a enmarcar su relación con Europa, a partir de la segunda mitad de los años cuarenta. Sin embargo, como una forma de sostener su independencia o soberanía relativa frente a Estados Unidos, el gobierno mexicano mantendría una relación política con algunos elementos culturales de la URSS, y, con el paso del tiempo, la ampliaría a otros países del este, pero sin darle una verdadera base económica.

El trasfondo histórico

No es posible comprender a cabalidad la naturaleza de la relación entre Europa Occidental y México, en la segunda mitad del siglo XX, si no se tiene una imagen, así sea basada en un esbozo, de la muy larga, intensa y complicada relación que México estableció con esa Europa, a partir de los inicios del siglo XVI, a través de España.

Hace cinco siglos, España encontró en lo que hoy es México a una serie de civilizaciones originales, es decir, sin influencias ni noción de nada externo a sí mismas, muy estructuradas y

demográficamente densas. La fragmentación política que entonces caracterizaba a Mesoamérica contrastaba con la relativa homogeneidad de sus culturas.³ Tras el traumático choque inicial y la imposición de la autoridad europea, la influencia de esa civilización sobre las centenarias formas de vida mesoamericanas fue enorme y, en muchas áreas, devastadora.⁴

Lo que al final sobrevivió de las culturas e intereses indígenas quedó subordinado a los de Europa, en su modalidad española. México se estructuró política, cultural y económicamente de acuerdo a la visión e intereses españoles que, a su vez, se orientaron según las necesidades e intereses de la Corona —una potencia católica empobrecida y decadente a partir de su derrota frente a la Inglaterra protestante— y de su complicada y siempre conflictiva política europea.

Por tres siglos la liga de México con Europa estuvo férreamente controlada por la corona española, con exclusión de los otros intereses europeos, aunque para fines del siglo XVIII un pernicioso pero resuelto contrabando permitía una relación directa entre la Nueva España e Inglaterra, el centro indiscutible de la dinámica del capitalismo mundial. El proceso de la independencia mexicana y su construcción como Estado nacional, a inicios del siglo XIX, estuvo determinado por acontecimientos europeos —la invasión napoleónica de la península ibérica, en 1808, fue el detonante del movimiento insurgente y el liberalismo gaditano tuvo ecos inmediatos en la parte más progresista de la Nueva España.

Una vez que México emergió como una nueva nación en el concierto internacional, su vida externa giró en torno a sus difíciles relaciones con Estados Unidos por un lado, y con España, Inglaterra y Francia, por el otro. Una Alemania que aún no se constituía en Estado nacional tuvo entonces presencia en México, pero de importancia secundaria y lo mismo puede decirse de Holanda, Italia y otros países de la región.

La difícil relación hispano-mexicana

La relación entre el Estado mexicano y su antigua metrópoli tuvo un inicio muy complicado. En efecto, una vez lograda la Independencia, en 1821, el peligro más importante para México —apenas un intento de país que no tenía ni los recursos ni el consenso interno que le permitieran construir un sistema político nacional sólido y estable— fue la amenaza de la reconquista española. Ésta se materializó en 1829, pero la derrota del brigadier José Barradas en el punto de desembarco, la abortó. Para entonces la animadversión popular contra el antiguo grupo dominante había llevado a decretar la expulsión de México de los españoles, orden que nunca se cumplió del todo, pero que crispó aún más los ánimos y las relaciones entre ambos pueblos.

La oposición del monarca español Fernando VII a reconocer la independencia de México y de las otras “provincias rebeldes de América” también influyó, y mucho, para que el Vaticano no legitimara la existencia del México independiente, que había declarado a la fe católica la religión del Estado. No fue sino hasta 1834, que Madrid aceptó la separación de México, pero las negociaciones sobre comercio, deuda y la actitud de México frente a Cuba, se prolongaron y sólo hasta diciembre de 1836 se establecieron las relaciones diplomáticas entre los dos países.

Sin embargo, la situación no mejoró mucho, pues la inestabilidad política y social de México y la inseguridad que provocaba, llevó a España a protestar y presentar reclamaciones de daños sufridos por sus súbditos. En cualquier caso, en un México en guerra civil, las simpatías

de la legación española por los proyectos monárquicos de los grupos conservadores mexicanos la llevaron a chocar con los liberales. España, junto a Francia e Inglaterra, se negó a aceptar la suspensión mexicana del pago de sus obligaciones con el exterior y participó en la toma de Veracruz de 1861, para obligar al gobierno de Benito Juárez a dar marcha atrás en su propósito de ganar tiempo en el cumplimiento de los pagos a los acreedores del otro lado del Atlántico.

En este sentido, a nadie debió sorprender que Madrid reconociera al gobierno imperial de Maximiliano de Habsburgo, como tampoco resultó sorpresivo que tras el triunfo definitivo de los liberales, en 1867, el ministro español abandonara el país. Las relaciones formales entre México y España se mantuvieron suspendidas hasta 1871, cuando volvió a haber una legación española en México (la mexicana en Madrid se reabrió en 1874).⁵

Durante el porfiriato las relaciones hispano-mexicanas fueron cordiales porque, finalmente, México logró la estabilidad y la colonia española en México —una de las más numerosas— pudo desarrollar sus actividades sin grandes contratiempos. La Revolución mexicana volvió a poner la protección de españoles en el primer plano de las preocupaciones de los diplomáticos y también llevó a que los peninsulares —tanto a los residentes en México como al gobierno de Madrid— volvieran a mostrar sus simpatías por los actores políticos mexicanos más conservadores. El resultado fue el resurgimiento de una mala atmósfera que sólo se modificaría tras la caída de la monarquía y la instauración de la República en España, en 1931.⁶

A las relaciones de estrecha cooperación entre el gobierno más radical de la Revolución mexicana —el encabezado por el general Lázaro Cárdenas— y la República española, siguió, en 1939, un nuevo rompimiento con Madrid, a raíz de la derrota de los republicanos españoles frente a las fuerzas rebeldes y conservadoras encabezadas por Francisco Franco. A pesar de que México decidió mantener su relación formal con el gobierno republicano en el exilio, durante la larga dictadura franquista las relaciones entre México y España no se suspendieron del todo, sino que se desarrollaron de manera indirecta y poco a poco encontraron la manera de estabilizarse en materia de comercio, transferencias, intercambios culturales, turismo y migración.⁷

Durante la segunda mitad del siglo XX era claro que los sistemas políticos tanto de México como de España compartían una misma naturaleza —ambos eran autoritarios—, y a pesar de ser tan divergentes los puntos de partida originales —revolucionario el mexicano y contrarrevolucionario el español—, habían sedimentado a lo largo del tiempo, al punto de aumentar sus áreas de similitud y disminuir la importancia de las diferencias originales. Aun así, el peso de la historia era muy fuerte y tras un acercamiento informal durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho, sus respectivas posiciones cristalizaron en una diferencia de principios durante el gobierno de Miguel Alemán, diferencia que no impidió el comercio y la institucionalización de los contactos informales. Esa normalización de la “anormal” relación hispano-mexicana llevó a que en los años sesenta el intercambio comercial fluyera sin grandes trabas y a que funcionara una “oficina española” en México y una mexicana en España. Sin embargo, era evidente que, justo como ocurrió durante el reinado de Fernando VII, tendría que esperarse a la desaparición del jefe de Estado español, Franco, para que se abriera una posibilidad de plantear la normalización de la relación política entre ambos países.

Los meses finales de 1975 fueron significativos para el nexo hispano-mexicano por dos razones. Primero, porque en septiembre el antagonismo oficial México-Madrid se recrudeció cuando el gobierno de Luis Echeverría propuso, sin ningún éxito, sanciones internacionales y

una nueva expulsión de España de la ONU, como castigo por la ejecución de cinco jóvenes nacionalistas vascos.⁸ Más tarde, en noviembre, Franco murió. Ya sin el dictador, el régimen español inició, en muy poco tiempo, su transición a la democracia. Con un nuevo gobierno en México, a partir de diciembre de 1976, el presidido por José López Portillo, el México oficial dio por concluida su histórica relación con la ya inexistente República española, y el 28 de marzo de 1977, tras 46 años de interrupción, la reanudó con el reino de España.

En los setenta, la relación de México con España tenía una importancia más simbólica que material, el intercambio económico era poco —en 1970 las exportaciones mexicanas eran de apenas 14 millones de pesos y las importaciones de 30— y la migración española a México, tanto por razones económicas como políticas, era cosa del pasado. Y aunque la colonia española en México seguía teniendo entre sus miembros a personalidades destacadas en lo económico y en lo intelectual, la importancia relativa de su capital dentro de la inversión externa total, era secundaria.

Sin embargo, lo que verían los tres últimos decenios del siglo XX y el inicio del XXI sería un cambio notable en la posición relativa de España dentro de las relaciones económicas externas de México, pues el crecimiento del comercio y de las inversiones españolas, sería sorprendente. España se modernizaba y crecía como resultado de su plena incorporación a Europa, y en esta nueva etapa contó con los recursos y la voluntad para volver a tener presencia económica en México y en América Latina, al punto que en la literatura popular se habló de la “reconquista”.

Albión, de central a relativamente secundaria

Cuando México logró su independencia, la poderosa armada británica y su posición de avanzada en la revolución industrial, habían hecho de Inglaterra el centro del sistema político y económico internacional. En ese entonces la posición británica, contraria a la reconquista de la América española —posición apoyada por su poder naval— y no la “Doctrina Monroe” estadounidense, fue la que realmente disuadió a las potencias conservadoras de Europa de cualquier intento de auxilio a la España de Fernando VII, para recuperar sus colonias americanas. La pretensión británica frente a México y al resto de las nuevas naciones de Iberoamérica, fue usar su ventaja económica para dominar el comercio y aprovechar las oportunidades de inversión que se abrían en los amplios territorios antes monopolizados por España.

Los primeros préstamos que México contrató en el exterior, después de 1820, para afianzar su independencia fueron con bancos ingleses —poco más de diez millones de libras esterlinas, a un interés exorbitante—, como inglesas fueron las principales casas comerciales establecidas en la primera mitad del siglo XIX y las primeras grandes inversiones mineras. Los ingleses se convirtieron en la presencia económica extranjera más significativa en México, sobre todo en el comercio y en la minería. Sin embargo, el desorden político y social, la bancarrota fiscal y la moratoria de la deuda externa de México, hizo que los súbditos de su majestad británica perdieran mucho de su interés inicial en los asuntos mexicanos. Aun así, empresas mineras como la Real del Monte y sus casas comerciales como las de Ewen C. Mackintosh, Barrón, Forbes & Co., Manning y Marshall o los Martínez del Río (de origen colombiano pero legalmente súbditos británicos) fueron centrales en la vida económica del México de la primera mitad del siglo XIX.⁹

La presencia económica británica volvió a adquirir importancia cuando el sistema político mexicano logró la estabilidad impuesta por el Porfiriato, aunque para entonces la primacía económica entre los extranjeros ya no correspondía a los ingleses, sino a los estadounidenses. Como sea, la inversión británica, su espíritu y *modus operandi*, fue encarnada entonces por Weetman Pearson (lord Cowdray), el contratista más importante en México, al inicio del siglo XX. El capital británico, como el estadounidense, se concentró en los ferrocarriles, la minería, la obra pública, la deuda externa, la generación de energía eléctrica y, claro, el petróleo.¹⁰

La incertidumbre y los efectos negativos de la Revolución mexicana sobre algunas actividades, en particular los ferrocarriles, así como los efectos negativos de la primera guerra mundial, hicieron que las inversiones británicas en México disminuyeran, especialmente a partir de la venta de algunos de los principales activos de Pearson y la pérdida de importancia del intercambio comercial anglo-mexicano. Paralelo al declinar económico estuvo la pérdida de importancia política. En efecto, los ingleses no supieron negociar con los caudillos del nacionalismo revolucionario y, además, a partir del inicio de la primera guerra mundial, debieron subordinar su política en México a las directrices de Washington.¹¹

Al inicio de los treinta, la compañía petrolera anglo-holandesa El Águila descubrió importantes yacimientos petrolíferos en Poza Rica, Veracruz, pero la expropiación y nacionalización de todas las empresas petroleras, en marzo de 1938, por el gobierno del general Lázaro Cárdenas —la cumbre del nacionalismo revolucionario mexicano— cortó de tajo la última gran posibilidad de la inversión tradicional británica en México, al punto que se suspendieron las relaciones diplomáticas entre los dos gobiernos. La ruptura política duró poco, pues la segunda guerra mundial creó la coyuntura que casi obligó a la reanudación de relaciones políticas entre México y Londres.

Más tarde, los ingleses llegaron a un acuerdo con el gobierno de Miguel Alemán sobre el pago de lo expropiado en 1938, pero ya no lograron retornar al campo petrolero, como deseaban. La enorme pérdida de recursos que significó para Gran Bretaña su lucha contra el Eje, y la consiguiente pérdida de estatus como gran potencia, dejó a los capitales ingleses sin muchos recursos para desempeñar un papel central en la industrialización mexicana de mediados del siglo XX.¹² Aun así, al concluir los sesenta, el capital británico ya estaba de vuelta en México, en un buen número de actividades industriales y financieras, pero su importancia era muy secundaria respecto al dominante capital estadounidense.

Francia o el imperialismo fallido

Los primeros franceses llegaron a México en las postrimerías del periodo colonial, bajo el régimen de los Borbones. Tras la Independencia, Francia, la aliada de España, se tomó su tiempo para reconocer a la nación mexicana. En realidad fue necesario que cayera el gobierno de Carlos X y lo sustituyera el de Luis Felipe, para que París emitiera, en 1830, una declaración de "reconocimiento en principio" del nuevo Estado mexicano. Sin embargo, y acicateada por la lógica de su competencia comercial con Inglaterra y con Estados Unidos, Francia aceptó, desde 1825, intercambiar agentes comerciales con México y, en 1827, ambos países firmaron una convención que contenía la cláusula de la nación más favorecida en el intercambio comercial. Sin embargo, la firma de un verdadero tratado comercial —como el que ya se tenía con Gran

Bretaña y Estados Unidos— se encontró con grandes obstáculos y las tensiones franco-mexicanas acumuladas estallaron en 1838, cuando la escuadra francesa bloqueó puertos mexicanos y tomó aduanas para obligar al pago de reparaciones por pérdidas sufridas por súbditos franceses, como consecuencia de los pronunciamientos o motines populares en la ciudad de México.

Tras la llamada “guerra de los pasteles”, en 1839, que no fue guerra, sino una pendencia ventajosa, se reanudaron las relaciones políticas, pero no se logró concertar lo que Francia buscaba: el tratado comercial. En 1845, el enviado francés recibió la orden de abandonar el país y las relaciones franco-mexicanas volvieron a romperse. La inestabilidad política no era privativa de México, pues en 1848 la violencia social estalló en Francia, y la monarquía francesa fue abolida de nuevo, para dar paso a la Segunda República, que no logró consolidarse y desembocó en la coronación de Luis Napoleón como emperador de los franceses, en 1852; al año siguiente se reanudan relaciones con un México dominado aún por la escabrosa figura de Antonio López de Santa Anna, pero donde la inestabilidad seguía ensombreciendo el panorama. No pasó mucho tiempo antes de que estallara una nueva rebelión y Santa Anna fuera obligado a abandonar definitivamente el poder. En 1857, los liberales impusieron una Constitución inaceptable para los conservadores y estalló de nuevo la guerra civil —el gobierno francés trató de mediar pero sin éxito— que desembocaría en el triunfo de la facción liberal.

Francia aprovechó entonces la debilidad del gobierno mexicano y la guerra civil estadounidense para aliarse con algunos conservadores mexicanos, con el fin de invadir México e imponer un monarca —el príncipe austriaco Maximiliano de Habsburgo— que debería reconstituir el aparato estatal mexicano y reinar sobre lo que debería ser un Estado cliente de Francia que, a su vez, sería una pieza clave en el gran proyecto para contrarrestar la creciente influencia estadounidense sobre lo que, a partir de entonces, se conocería como la América Latina. Al final, ese segundo imperio mexicano y todo el proyecto francés fracasaron; la fuerza expedicionaria enviada por Napoleón III tuvo que abandonar el país en 1866 y al año siguiente Maximiliano fue fusilado. La muerte del príncipe austriaco acabó con cualquier nuevo proyecto francés o europeo de reintroducir por vía directa o indirecta a la América Latina dentro de su área colonial.¹³

Mientras en México se consolidaba la restauración de la república y el nuevo régimen liberal, en Francia tiene lugar la guerra franco-prusiana, la caída de Luis Napoleón y el establecimiento de la III República. En 1880, durante el primer gobierno de Porfirio Díaz, se llevó a buen fin la negociación para la reanudación de relaciones entre México y Francia. Sólo entonces volvió a crecer y desarrollarse la presencia económica y cultural de Francia en México. Fue el capital francés el que fundó el Banco Nacional de México. La industria textil y el comercio resultaron ser áreas donde los franceses adquirieron fuerza, aunque el monto de sus capitales no llegó a hacer sombra a los británicos y, menos aún, a los estadounidenses.¹⁴

Durante la Revolución mexicana, Francia siguió la línea política trazada por las otras potencias extranjeras para proteger sus intereses y no tomó ninguna iniciativa. La primera guerra mundial ocupó todas las energías francesas y, en los años posteriores, su presencia política y económica en México perdió terreno, especialmente en el campo financiero, pues la Revolución mexicana terminó por obligar a los capitales externos a dejar los bancos, donde tenían un papel dominante, en manos de mexicanos.¹⁵ Durante la ocupación de Francia por la Alemania nazi, México se negó a reconocer al gobierno de Vichy y, en cambio, mantuvo relaciones

con el gobierno francés que, desde Londres, encabezaba el general Charles de Gaulle. Tras la liberación de Francia, en 1945, las relaciones políticas franco-mexicanas se normalizan y poco a poco la presencia económica de Francia volvió a recuperar dinamismo en México, aunque se mantuvo en niveles modestos. La búsqueda de una independencia relativa de México frente a Estados Unidos en los sesenta llevó a coincidir con las políticas gaullistas en Europa, que también buscaban crear a Francia un espacio propio dentro de la alianza occidental. Y la visita que el presidente de México hizo a Francia, en 1963, y, sobre todo, la que el general Charles de Gaulle hizo a México al año siguiente, tuvieron un trasfondo de apoyo mutuo a sus respectivas políticas de una menor dependencia de Washington.¹⁶

Alemania. De conspiraciones, guerras y recuperación

La visita del gran científico alemán Alexander von Humbolt a la Nueva España, al inicio del siglo XIX, tuvo un enorme impacto en una Europa que experimentaba la revolución industrial, porque en su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (París, 1807-1811), le descubrió, describió y cuantificó la naturaleza física, social y económica de México. El libro de Humbolt, por ejemplo, fue determinante en la organización de las primeras empresas mineras británicas en México. Sin embargo, la falta de unidad política de Alemania le impidió, en ese entonces, actuar para lograr una presencia en México comparable a las de Inglaterra o Francia.

En 1825, las ciudades hanseáticas (Bremen, Hamburgo y Lübeck) así como Prusia, reconocieron de facto la independencia mexicana. Como resultado de la firma de tratados comerciales que complementaron ese reconocimiento y que fueron ratificados en 1831, se estableció el primer consulado general alemán en el puerto de Veracruz. Poco antes de caer el gobierno de Santa Anna, en 1855, se firmó un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con 19 de los Estados alemanes. Un resultado de lo anterior, fue la fundación de varias casas comerciales alemanas en México y de la Compañía Germano-Americana de Minas. Tras la conclusión de la guerra de Reforma, el de Prusia resultó ser el primer gobierno europeo que reconoció al de Juárez, en 1861. Para cuando tuvo lugar la unificación política de Alemania, en 1871, su peso económico ya se dejaba sentir en México, pues los comerciantes alemanes manejaban el grueso del comercio exterior mexicano.¹⁷

Alemania reconoció, en 1877, al gobierno encabezado por Porfirio Díaz y dos años más tarde se estableció la primera línea de navegación directa México-Alemania, hecho que tuvo como efecto una aceleración en el incremento del comercio entre los dos países. La presencia alemana se dejó sentir en el México de la "paz porfiriana" en las industrias química y cervecera, en el aumento de las casas comerciales —en particular las del ramo ferretero— y en las plantaciones de café en el sureste. Y justo al inicio del siglo XX, la poderosa casa Krupp ganó el concurso para construir una fábrica de municiones para el ejército mexicano. En 1895, la colonia alemana en México era ya lo suficientemente grande como para ameritar la apertura del Colegio Alemán en la capital mexicana y para el momento en que estalló la Revolución mexicana, en 1910, las importaciones mexicanas de productos alemanes sólo eran inferiores a las provenientes de Estados Unidos.¹⁸

La Revolución mexicana iba a llevar a Alemania a involucrarse, y mucho, en el proceso político mexicano. Primero apoyó, como el resto de los gobiernos europeos, el golpe militar de

1913, del general Victoriano Huerta contra el gobierno de Francisco I. Madero y luego iba a mantener ese apoyo en contra de la exigencia estadounidense de que el golpista dejase el gobierno y abandonase el país. Cuando Huerta cayó, en 1914, salió de México en un barco alemán.

Con la primera guerra mundial, Alemania intentaría involucrar a México en un conflicto con Estados Unidos, para que éste se viera obligado a ocupar México y así se le dificultara auxiliar a ingleses y franceses, por cuya causa mostró simpatías desde el inicio de la guerra. En 1917, y como resultado de la decisión de Berlín de iniciar la guerra submarina total —lo que le llevaría a chocar con Estados Unidos— el gobierno de Carranza recibió una oferta formal del canciller alemán para formar una alianza militar en contra de Estados Unidos.¹⁹ La alianza germano-mexicana nunca se concretó, pero la oferta de Berlín sí tuvo efectos inmediatos, pues dio argumentos al presidente Woodrow Wilson para involucrar a Estados Unidos en la guerra europea. Durante la guerra e incluso un buen tiempo después, los aliados castigaron a los intereses comerciales alemanes en México y a sus asociados, al incluirlos en sus “listas negras” —que llegaron a registrar a 600 personas y empresas— que sirvieron para boicotearlos, al punto que hicieron quebrar a muchos, sin importar las protestas del gobierno mexicano en contra de esta práctica que continuó hasta bien entrada la posguerra.²⁰ No obstante, algunos comerciantes alemanes sobrevivieron y, en 1929, fundaron la Cámara Alemana que luego se transformaría en la Cámara México-Alemana de Comercio e Industria.

El advenimiento de Hitler al poder, en 1933, y el estallido y participación alemana en la guerra civil en España, en 1936, despertaron las simpatías por el régimen nacionalsocialista alemán entre grupos conservadores de México.²¹ Sin embargo, el gobierno del presidente Cárdenas se mostró decididamente contrario a las políticas avasallantes del nazismo y sus aliados —México condenó en la Sociedad de Naciones las acciones de Alemania—, lo que no impidió que entre 1938 y 1939, y para romper el boicot contra el petróleo mexicano a raíz de su nacionalización, México y Alemania intercambiaran petróleo por maquinaria. Poco después de estallar la segunda guerra mundial, en 1940, el gobierno cardenista expulsó a Arthur Dietrich, coordinador de la propaganda alemana en México, y, en 1941, México suspendió toda relación comercial con Alemania y retiró a sus cónsules de las zonas ocupadas por el Tercer Reich. Para 1942, y argumentando la falta de respuesta de Berlín a la reclamación por el hundimiento de dos de sus buques petroleros (*Potrero del Llano* y *Faja de Oro*), México declaró la guerra contra Alemania y el Eje, lo que lo convirtió en un miembro más del grupo aliado y partícipe en el desfile de la victoria que se llevó a cabo en Londres al final de la contienda. De nueva cuenta, la guerra afectó a toda la colonia alemana en México y a sus intereses comerciales, que se vinieron a pique.

Diez años después de haber roto relaciones diplomáticas, en 1952, México reanudó su relación política con la Alemania de Bonn, es decir, la occidental. Cuando la recuperación económica alemana se inició, pronto tuvo efectos en México, pues en 1964 se estableció la gran planta automotriz Volkswagen en Puebla. Con el paso del tiempo el pequeño VW sedan —el inefable “vocho”— se convertiría en el auto más popular de México, y el comercio germano occidental-mexicano se colocaría en el primer lugar en el intercambio con Europa. La relación política de México con la Alemania del Este tardó más en darse y la económica nunca tuvo la importancia que adquirió con su contraparte occidental.

El telúrico 1968 y la marcha de Europa

Para fines de los años sesenta, Europa occidental estaba política y económicamente recuperada y México mantenía relaciones económicas y políticas con todos sus miembros, salvo con la España franquista. En conjunto, la inversión y comercio de esa Europa con México ya no tenía la importancia relativa que llegó a tener al inicio del siglo, pero de todas maneras era, al lado de Japón, una alternativa económica, política y cultural para México, frente al sofocante abrazo estadounidense. Así, la importancia para México del “factor europeo” era doble: la intrínseca y la derivada de permitir una alternativa, aunque modesta, frente a la relación con Estados Unidos.

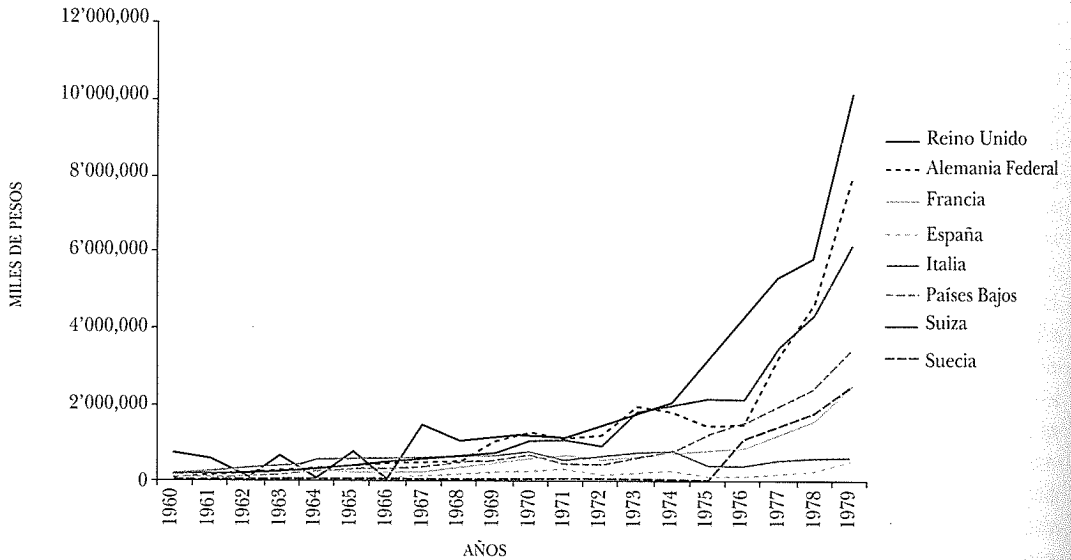


Figura 1. *Inversión europea directa en México, 1960-1979*

Fuente: Banco de México.

La historia política contemporánea de México toma el año de 1968 como un momento de cambio, por ser esa fecha donde se puede advertir el inicio de la crisis del Estado autoritario posrevolucionario. Sin embargo, 1968 es también un año crítico en el desarrollo político y cultural de Europa, y por las mismas razones: un rechazo abierto de los estudiantes universitarios, y de buena parte de la juventud, al ejercicio de la autoridad en la familia, en el sistema educativo y en el sistema político. Una coincidencia interesante en ambos lados del Atlántico, pues en ese año también tuvieron lugar, en Estados Unidos, grandes manifestaciones en contra de la continuación de la guerra en Vietnam que, finalmente, desembocaron en un cuestionamiento del sistema de valores de ese país.

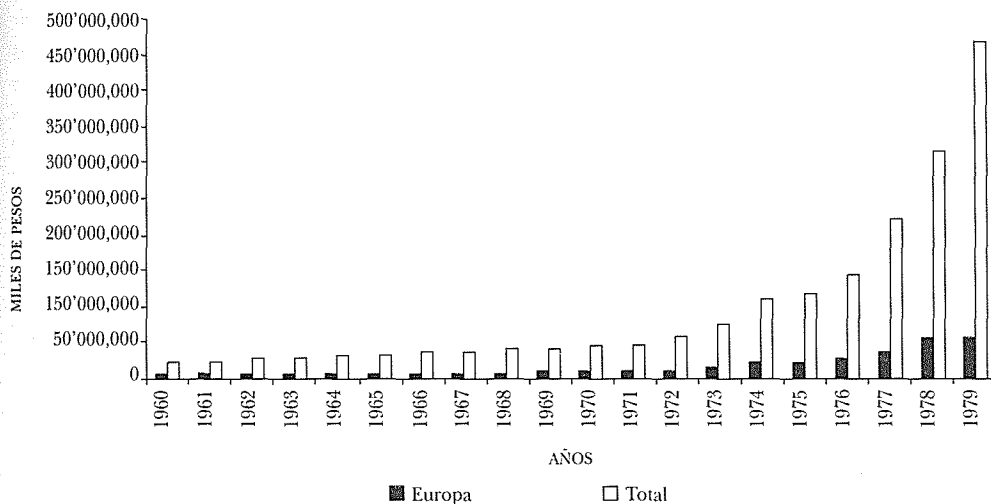


Figura 2. Comercio de México con Europa, 1960-1979

Fuente: INEGI, Estadísticas históricas de México, vol. II, 1994.

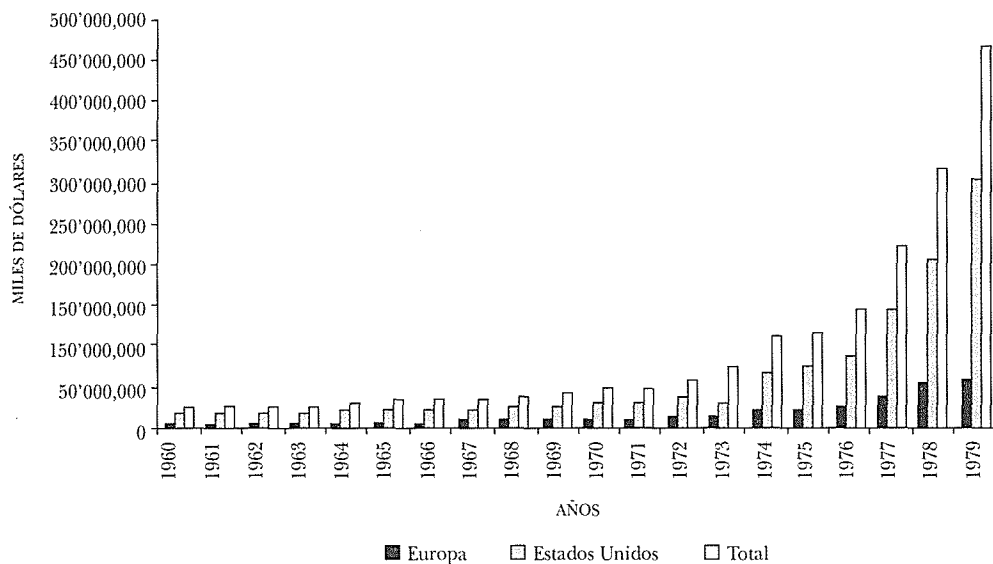


Figura 3. Comercio de México con Europa y Estados Unidos, 1960-1979

Fuente: INEGI, Estadísticas históricas de México, vol. II, 1994.

En los sesenta, la existencia de otros polos de poder político alternativos a Estados Unidos —la URSS— y de desarrollo económico —Europa occidental— constituían, para México, un elemento importante con el cual llegar a contar con un mínimo espacio de maniobra, una independencia relativa, frente a Estados Unidos, la superpotencia dominante en la zona geopolítica latinoamericana.

Sin embargo, al final de los sesenta, Europa occidental no podía ser para México, ni de lejos, el contrapeso político-militar que alguna vez fue en su relación con Estados Unidos, pero sí tenía la posibilidad de volver a ser una alternativa de carácter económico y cultural. Las cifras así lo indicaban. El PIB per cápita europeo era entonces de 1,844 dólares frente al estadounidense de 4,379, pero en conjunto la distancia era menor. En efecto, sumados, los dieciocho países de Europa occidental tenían un PIB de 609,113 millones de dólares frente a uno de 880,774 millones de Estados Unidos.²² Salvo el caso de Bélgica y Dinamarca, la tasa de desempleo europea era menor que la de Estados Unidos. Y si bien el salario promedio y el porcentaje de población en las universidades en Estados Unidos eran el doble que en Europa,²³ en otros indicadores sociales los europeos ya iban adelante. Así, en Estados Unidos se disponía entonces de una cama de hospital por cada 120 personas, pero en Italia era de una por cada 100, en Alemania una por cada 90 y en Suecia una por cada 70.²⁴ El modelo social europeo ya se ofrecía entonces como una alternativa muy atractiva frente al estadounidense.

En 1968, Europa vivía el apogeo de lo que el historiador británico Eric Hobsbawm ha llamado “los años dorados”. El pleno empleo era “el arma secreta de la afluencia popular”. Era el triunfo de la tecnología en la vida cotidiana y de la teoría económica keynesiana en los proyectos nacionales; se trataba de sostener un crecimiento capitalista robusto basado en la intervención del Estado y en el consumo masivo de una fuerza de trabajo bien remunerada y socialmente protegida.²⁵ Aún estaba por venir la destrucción del sistema de acuerdos económicos de Bretton Woods, el aumento desmesurado de los precios del petróleo y la marcha atrás en algunos aspectos del “Estado benefactor” para dar paso al neoliberalismo como la teoría económica dominante en el sistema internacional.²⁶

En 1968, la prosperidad material era el signo dominante en Europa occidental, y los gobiernos de izquierda —laboristas y socialdemócratas— eran mayoría en la región, aunque en Francia el gobierno era centralista, presidencialista y con orientación a la derecha. Había, además, unas islas autoritarias: en Grecia existía una dictadura militar y en Portugal y España estaban consolidadas dos dictaduras históricas, aunque con algunos cambios que anunciaban una cierta liberalización. En cualquier caso, 1968 fue parte de una época de auge y abundancia, en la que una masa de beneficiados, los estudiantes, se rebelaron contra lo que quedaba de autoritarismo en la Europa occidental democrática, especialmente en Francia, donde las instituciones universitarias se habían quedado rezagas en relación a la dinámica del cambio social. Un indicador es suficiente para entender el cambio: de menos de 100 mil estudiantes universitarios en Francia, en 1960, diez años después las universidades de ese país albergaban a 651 mil. Por razones un tanto diferentes en cada caso, las universidades en varios países europeos, en América Latina, en Estados Unidos, en Japón e incluso en ciertos países de Europa oriental, salieron a las calles a reclamar un cambio de las políticas en sus respectivos países y globalmente. Era la rebelión en la época del consumo, la insubordinación de las generaciones jóvenes contra una estructura tradicional de autoridad, empeñada en mantener sus privilegios.

En el caso de México, la protesta estudiantil no pudo rebasar el estrecho marco en que nació —la clase media urbana educada— y, al final, se quedó sola, aislada y reprimida. Sin embargo, en Francia, en mayo del 68, el movimiento desembocó en una protesta que se extendió a otras clases sociales y terminó por involucrar a la mitad de la población económicamente activa, ocasionando una verdadera crisis de Estado.²⁷ La influencia de esa insurgencia en la sociedad próspera, en nombre de la democracia y de una estructura social menos desigual, tuvo reverberaciones políticas y culturales en varias regiones del globo, México y Latinoamérica entre ellas.

En 1969, justo cuando los estadounidenses hicieron patente que habían logrado superar a los soviéticos en la carrera espacial —ese año pusieron a un hombre en la luna—, en Europa se siguieron sintiendo los efectos políticos y culturales del 68: el general De Gaulle perdió las elecciones en Francia y fue sustituido en la presidencia por uno de los suyos, George Pompidou. Con la salida de De Gaulle y su muerte poco después, se cerró toda una época política no sólo en Francia, sino, en cierto modo, en Europa occidental. Obviamente, el fin de algo significó, a la vez, el inicio de un nuevo capítulo. El ministro de relaciones exteriores de la República Federal de Alemania (RFA), Willy Brandt, puso en marcha su Ostpolitik, es decir, una política destinada a disminuir la intensidad de la guerra fría en la región, mediante un acercamiento con los países del este europeo. En la práctica, esto significó, entre otras cosas, el reconocimiento alemán de las fronteras con Polonia, el reconocimiento de “la otra Alemania” —la República Democrática Alemana— y, en general, el statu quo en la Europa del este.

La reducción de la tensión en Europa fue parte de una transformación en el sistema bipolar mundial. El momento más significativo del cambio tuvo lugar en 1972, cuando los líderes de Estados Unidos y la URSS se reunieron en Moscú para firmar los primeros acuerdos de reducción de las armas nucleares, el mismo año en que el presidente estadounidense Richard Nixon visitó la China comunista. Cinco años después, el proceso de distensión en Europa y en el sistema internacional en su conjunto había avanzado al punto que se pudo firmar entre las dos superpotencias y trece países más, un pacto de no proliferación de armas nucleares. Desde luego que la guerra fría continuó, pero su teatro principal ya había dejado de ser Europa y se había desplazado al Medio Oriente, a Vietnam, Laos y Camboya. Etiopía y Angola, en el continente africano, a Afganistán (la URSS invadiría ese país en diciembre de 1979 para, finalmente, verse obligada a abandonarlo en 1989) y a Centroamérica.

El sistema económico y financiero desarrollado a partir de los acuerdos de Bretton Woods (1944), y que había dado estabilidad al sistema de transacciones de capital internacional al asegurar una paridad fija de cada moneda tanto en dólares estadounidenses como en oro, fue abandonado en 1971, cuando Estados Unidos, presionado por su déficit comercial, abandonó la convertibilidad fija del dólar en oro y lo dejó fluctuar. Con esto, no sólo desapareció la seguridad monetaria, sino que se introdujo un nuevo factor de incertidumbre, pues en 1973, y como resultado del conflicto árabe-israelí, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) decidió, por razones políticas, un aumento de los precios internacionales del energético, lo que se tradujo en un aumento de la inflación mundial.

En términos económicos, el ciclo de prosperidad europea de la posguerra llegó a su fin y fue sustituida por los borrascosos años ochenta, momento en que el neoliberalismo —primacía del mercado, liberalización del comercio y reducción del papel Económico y social del Estado— puso sus cimientos y empezó a edificar una nueva visión del mundo. En cualquier

caso, la época que concluyó había significado “la más dramática, rápida y profunda revolución en los asuntos humanos de que se tiene registro en la historia”.²⁸ Con las nuevas dificultades económicas, la marcha ascendente de Europa occidental disminuyó su ritmo, pero no se detuvo y no tardó mucho en volverlo a recuperar.

En los años setenta se inició, en las zonas marginales de la Europa occidental, la llamada “tercera ola democrática”.²⁹ En la península ibérica, concretamente en Portugal, se vino abajo la dictadura establecida desde 1933 por Antonio Salazar y, poco después, también cayó la creada en España por Francisco Franco, desde 1939. En la otra península europea, en la griega, la junta militar perdió su lucha contra Turquía en Chipre y poco después perdió el poder. Con el tiempo, esa ola democrática se extendería hacia América Latina, a Europa del este, pasaría por Asia y tocaría África.

A finales de los setenta, también en Europa, se inició otra ola que en poco tiempo recorrería todos los continentes: la del neoliberalismo. En efecto, con el triunfo, en Inglaterra de la conservadora Margaret Thatcher, en 1979, seguido poco después, en 1980, por la victoria republicana de Ronald Reagan, en Estados Unidos, se inició un gran viraje político hacia la derecha, en ambos lados del Atlántico, cuya meta fue modificar a fondo el llamado “Estado benefactor”. Se consideró entonces que el creciente déficit fiscal y la enorme carga de obligaciones que pesaba sobre el Estado, había dado lugar a una burocracia inoperante, o al menos eso argumentaron los partidarios del cambio.³⁰

La nueva política encabezada por Inglaterra y Estados Unidos, la cual se difundió al resto del globo, buscó la reducción sistemática del papel del Estado, la privatización de cotos importantes del sector público, el aumento de la centralidad del mercado en la asignación de los recursos económicos y la reducción global de trabas al intercambio económico entre las naciones, es decir, la globalización. Al desaparecer la URSS, en 1991, esta lógica neoliberal se presentó como el único paradigma viable, lo mismo para la Europa del este que para cualquier otro país, independientemente de su etapa de desarrollo o régimen político. Se supuso entonces que se había llegado, en palabras de Francis Fukuyama, “al fin de la historia”, es decir, que se había alcanzado la cúspide de la evolución política mundial.³¹ No obstante, vale la pena subrayar que el neoliberalismo europeo fue distinto del estadounidense; en Europa la transformación del “Estado benefactor” fue menos profunda que en Estados Unidos.

Los años ochenta fueron el preludeo del triunfo del capitalismo global sobre el socialismo soviético. En ese decenio, Europa aceleró el paso en su proceso de integración económica y política. La sensación de “crisis de la democracia” desapareció cuando los indicadores económicos volvieron a tomar una dirección ascendente. En contraste, Europa del este marchó igualmente rápido, pero rumbo a su crisis y desintegración como bloque, tras la caída del “Muro de Berlín”, en 1989, y la posterior reunificación de Alemania. A partir de la desaparición de la URSS, en 1991, el reto para Europa occidental fue decidir en qué términos, a qué velocidad, a qué costo y hasta qué punto, integraría a la Unión Europea a cada uno de los antiguos componentes del bloque soviético.

En los últimos años del siglo XX, la Europa unificada aparecía como uno de los grandes bloques mundiales, incluso capaz de competir con Estados Unidos y con Asia, pero sólo en términos económicos, lo que le impedía aspirar a ser un gran poder en el pleno sentido del término. La Unión Europea, formada en 1992 por doce países, se presentó como una alternativa

económica y hasta cierto punto política frente a Estados Unidos que, tras la desaparición de la URSS, quedó como la única superpotencia mundial. Sin embargo, su peso militar no alcanzaba como para considerarla una alternativa real. Y eso quedó en evidencia en 1991, cuando estalló una brutal guerra civil entre los seis componentes de la antigua Yugoslavia.

Los europeos retrasaron entonces su intervención directa en la zona, a pesar de la barbarie de las políticas de “limpieza étnica” que siguieron algunos de los grupos en pugna. Al final y con un retraso injustificable se produjo la intervención pacificadora bajo la dirección de la ONU primero y la OTAN después, con participación estadounidense. Al llegar el nuevo milenio, el problema de los Balcanes no estaba del todo resuelto y la presencia militar de terceros en la zona siguió siendo necesaria. Europa también tuvo una presencia y participación militar en la “Guerra del Golfo Pérsico” de 1991, que obligó a Irak a desocupar Kuwait. Sin embargo, y aunque se trató de una operación internacional bajo el manto de Naciones Unidas, en realidad fue una acción fundamentalmente estadounidense en la que Europa fue un actor casi secundario, en todo caso estaba muy lejos de poder ser un contrapeso militar frente a Estados Unidos, que actuaba ya como un “imperio global”.³²

En 2003, cuando Estados Unidos decidió invadir Irak, argumentando que el régimen Baath, encabezado por Sadam Hussein, tenía una gran provisión de armas de destrucción masiva —tesis poco sostenible que a la postre resultó falsa—, un puñado de gobiernos europeos, encabezados por Gran Bretaña, se prestó a formar parte de una coalición que, por cierto, no contó con el respaldo de Francia. Con todo, la crisis de Irak dejó al descubierto la gran división que podía causar dentro del bloque europeo la apabullante fuerza política y militar estadounidense, en su calidad de única superpotencia.

La integración

A partir de 1945 y desde la perspectiva latinoamericana en general y mexicana en particular, Europa significó sólo una parte de ese continente: el occidental. En este contexto, la Europa del este era, básicamente, una extensión de la Unión Soviética.

La Europa occidental de la segunda posguerra tenía como común denominador una ideología y una política oficial anticomunista (aunque países como Francia o Italia contaban con partidos comunistas muy fuertes) y una enorme devastación; los vencedores europeos del Eje y los vencidos habían llegado al límite de sus fuerzas. El Plan de Recuperación Europea (Plan Marshall), diseñado y puesto en marcha por Estados Unidos entre 1948 y 1951 —16 mil millones de dólares de ayuda para la reconstrucción de 14 países de Europa occidental más Turquía, sin distinguir entre antiguos aliados y antiguos adversarios—, resultó un fuerte elemento de unidad, como también lo fue el que ninguna de las grandes potencias del pasado inmediato del occidente europeo conservara ese status, pese a que Inglaterra y Francia formaron parte de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y a que, más tarde, desarrollaran sus propias armas nucleares.

Para la segunda mitad de los años cuarenta, la preocupación fundamental de los dirigentes europeos no era la existencia de un parapeto tendido por los soviéticos, del Báltico al Adriático, que Winston Churchill llamó “Cortina de Hierro” en un discurso pronunciado el 5 de marzo de 1946, en Estados Unidos, sino cómo afianzar su alianza con los estadounidenses

para poner en marcha la “contención” —el término lo acuñó George Kenan desde el Departamento de Estado— de un supuesto proyecto de Stalin de hacer avanzar esa “cortina” para incluir primero a Grecia o Italia, donde existían partidos comunistas fuertes, hasta llegar a abarcar y unificar a toda Europa. La otra preocupación, ligada a la anterior, era la reconstrucción económica, apoyada por Estados Unidos e indispensable por sí misma, pero también como forma de afianzar la estabilidad política y disminuir la influencia de los partidos comunistas en Europa occidental.

En abril de 1949, se creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); la gran alianza militar antisoviética encabezada por Estados Unidos y formada, en su inicio, por una docena de países europeos más Canadá (en 1952 se unirían a la organización Grecia y Turquía). Naturalmente, el centro de gravedad de la nueva organización siempre se mantuvo en la orilla estadounidense del Atlántico. La OTAN se diseñó como una estructura defensiva dentro de la que se encuadró el rearme alemán. Y aunque dos de sus miembros europeos —Inglaterra y Francia— accedieron con rapidez al status de potencias nucleares, la lógica de sus políticas y actividades, desde su origen hasta hoy, llevaron a que el interés dominante en la organización fuera el estadounidense. Sin embargo, el proceso de reconstrucción, aunado a la cooperación militar y el temor a la URSS resultaron ser una fuerza que favoreció la organización y cooperación entre los países de la Europa occidental en asuntos más allá del ámbito defensivo.

Mientras la OTAN organizaba y determinaba la participación europea occidental en la guerra fría, se empezó a gestar un complicado y lento proceso de coordinación e integración económica entre las naciones de esa parte de Europa. Esa importante reorganización económico-política tomó dos vías: una de carácter funcionalista que se propuso institucionalizar la delegación del poder nacional en áreas supranacionales. Y la otra fue la federalista, basada en una relación de complementariedad entre los distintos ámbitos de poder: locales, regionales y nacionales hasta concluir en el supranacional.³³

El primer paso en esa histórica integración político-económica fue relativamente modesto pero muy innovador. El Tratado de París de 1951 creó la Comunidad del Carbón y del Acero (CCA), con seis países del corazón geográfico de Europa: Francia, Alemania, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. El mayor logro de ese primer acuerdo fue superar la histórica —y enormemente destructiva— rivalidad franco-alemana. En efecto, los intereses en las entonces vitales industrias del carbón y del acero, de los que fueran dos formidables enemigos en el pasado reciente, se mezclaron al punto de fundirse en uno solo.

El siguiente paso fue el Tratado de Roma de 1957, que dio origen a un mercado común —la Comunidad Económica Europea (CEE), formada por los mismos países que habían constituido la CCA seis años atrás— más la Comunidad Europea de la Energía Atómica. Para entonces, la idea rectora del proceso era pasar de la mera cooperación sectorial —acero y carbón— a una verdadera comunidad en todos los ámbitos de la economía, es decir, a la libre circulación de mercancías, capitales y trabajadores y a un arancel común dentro de un marco de valores, instituciones y políticas compartidos. Ahora bien, la integración de las economías implicaba la aceptación implícita de una cierta integración de los respectivos sistemas e intereses políticos. Así, las metas económicas comunes fueron el medio para iniciar la búsqueda de un fin de alta política: asegurar la relación pacífica en una Europa que ya estaba reconstruida y buscaba adquirir una voz más fuerte dentro del sistema bipolar internacional.³⁴

Ese ciclo, lleno de contradicciones, rivalidades y crisis, motivadas por el choque de los intereses nacionales de sus miembros concluyó en 1986, con la firma del Acta Única Europea, misma que entró en vigor al año siguiente. Poco después cayó el Muro de Berlín y terminó la guerra fría, con una clara victoria de Estados Unidos y de sus aliados europeos. En Europa y en el mundo se abría otro ciclo histórico. Al lado del grupo europeo que giraba alrededor de la entente franco-alemana, se desarrolló, a una velocidad menor, la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA, por sus siglas en inglés), creada en 1959, la cual tenía como país económicamente dominante a Gran Bretaña y donde también se encontraron un grupo de países que constituían parte de las márgenes de Europa occidental: Dinamarca, Noruega, Suecia, Suiza, Austria y Portugal. En 1961 se unió Finlandia a la EFTA.

Por un tiempo, quedaron fuera de cualquiera de las dos grandes organizaciones, España, Irlanda y Grecia, considerados como Estados con un insuficiente desarrollo económico o político, o ambos. Con el paso del tiempo, en los años setenta, se empezó a dar la convergencia lógica entre la CEE, el corazón geográfico de Europa occidental y puntero en el proceso de integración, y la EFTA, además de una apertura hacia los países que originalmente habían quedado fuera. Fue entonces cuando se abrió una nueva etapa en el proceso de unificación europea, una más ambiciosa. De la esfera política, económica, financiera y monetaria, entonces se incluyó la política social y se amplió el gran proyecto admitiendo a nuevos países. Ese ciclo culminó en 1992, con el Tratado de la Unión Europea (UE) aprobado en Maastricht.³⁵

Para más de un observador, ese desarrollo de instituciones supranacionales, ya sin la amenaza soviética, se encaminaba a construir unos verdaderos “Estados Unidos de Europa”.³⁶ Para otros, se trataba de una simple gran alianza, benéfica para cada uno de los Estado, pues les daba las ventajas de la organización supranacional, sin borrar lo esencial de su independencias e identidad nacionales.³⁷ Como sea, la UE anclaba de manera definitiva la temida propensión bélica de Alemania, ahora reunificada, en un marco geopolítico que la hacía absolutamente interdependiente de sus vecinos, a la vez que permitía a todos competir con mayor ventaja en el sistema económico mundial y contar con una sola voz ante Estados Unidos y Japón.³⁸ Aquí conviene dejar en claro que el proceso de unificación de la Europa occidental fue, por un lado, una defensa frente a la URSS, pero, también, con el paso del tiempo, frente a Estados Unidos.

A punto de finalizar el siglo XX —en 1997— cuando la URSS se había fragmentado en varias comunidades nacionales, y cuando ya no tenía el status de gran potencia, los miembros de la UE firmaron el Tratado de Ámsterdam, particularmente importante por sus efectos en la seguridad común y en la proyección política hacia el exterior. Dos años más tarde, en 1999, once de los países de la UE lograron llegar a un acuerdo para sustituir, en 2002, sus respectivas monedas nacionales por una moneda común europea: el “euro”, sostenida por un banco comunitario y capaz de representar una alternativa al dólar en el sistema internacional.

Al inicio del siglo XXI, la misma Europa que poco más de cinco siglo atrás había inventado el “Estado nacional” estaba abriendo camino hacia una nueva forma de estructurar las relaciones dentro de una de las regiones del planeta más prósperas, estable en lo político y con un bagaje cultural más o menos homogéneo. Desde luego que este proceso no fue lineal, pues los fuertes intereses nacionales de sus integrantes chocaron con regular frecuencia. Además, el enorme peso de Estados Unidos a veces actuó como apoyo de la unidad, pero en otras fue un obstáculo.³⁹ La “relación especial” forjada a lo largo de las dos guerras mundiales entre Gran

Bretaña y Estados Unidos, por ejemplo, fue un factor que en más de una ocasión introdujo diferencias dentro de una política europea cuyo centro natural era la entente franco-alemana. Como sea, de cara al siglo XXI, la UE se propuso incorporar a una parte de los nuevos países que habían sido parte de la antigua zona de influencia soviética, para dar un nuevo sentido geográfico al concepto mismo de Europa y, desde luego, al de soberanía nacional.

La creación de la comunidad de naciones europeas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, según lo señalara Eric Hobsbawm, fue producto del impulso estadounidense y, a la vez, una reacción en contra del papel dominante asumido por Estados Unidos en el ámbito internacional. Así, esa comunidad fue resultado tanto de los miedos de sus integrantes —miedo a la URSS, miedo al resurgimiento del viejo conflicto franco alemán— como de la idea de lograr sacudirse la tutela estadounidense —el general Charles de Gaulle fue el mejor ejemplo de esta última posición— para poder volver a adquirir relevancia política y económica, en un contexto mundial dominado por dos grandes potencias primero y una superpotencia después.⁴⁰

Al despegar el siglo XXI, la UE con sus 493 millones de habitantes se consideraba la más auténtica expresión de la política internacional posmoderna; en buena parte seguía manteniéndose como una organización de unidades nacionales, aunque en el terreno jurídico ya había superado el concepto de Estado nacional al transformarse en una entidad posnacional en la que se había desdibujado la línea divisoria entre la política interna y la externa. A partir de sus avances en la integración, las fronteras nacionales iban perdiendo relevancia; ahora las estructuras burocráticas supranacionales tomaban las decisiones que afectaban la vida cotidiana de todos los habitantes del espacio europeo e incluso el elemento central de la naturaleza del Estado moderno —el monopolio de la violencia legítima— se estaba modificando.⁴¹

La formulación de una constitución para la UE era el siguiente paso en la construcción del nuevo ente. Sin embargo, en 2005 los votantes de dos de sus miembros —Francia y Holanda— rechazaron la propuesta ya elaborada y consensada el año anterior. Por otro lado, en Gran Bretaña el entusiasmo por el nuevo documento comunitario tampoco despertó mucho entusiasmo y el referéndum en torno al mismo se pospuso. Así, ese mismo año, Europa decidió hacer un alto en su camino, pero sin abandonar su expansión geográfica y la idea de adoptar un marco constitucional común, en un futuro quizá no muy distante.

Para México, la reconstrucción de Europa occidental, dentro del novedoso marco de la forma posnacional, representó, como lo había sido desde siglo XIX, una posibilidad de establecer una relación que le permitiría diversificar su creciente dependencia de Estados Unidos, especialmente después de la firma, en 1993, del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y de la desaparición de la bipolaridad de la guerra fría. En efecto, pese a los problemas y peligros que provocó la pugna este-oeste en los 46 años posteriores a la conclusión de la segunda guerra mundial, es claro que la existencia de la Unión Soviética permitió a México operar con la bipolaridad para preservar un espacio de maniobra —y soberanía— frente a Estados Unidos, espacio que se redujo cuando la URSS dejó de existir. Sin embargo, la presencia de un nuevo ente internacional —la UE— podría ser útil para México al permitirle construir un nuevo espacio de relaciones económicas, políticas y culturales.

Al inicio del siglo XXI, Europa no representa un contrapeso militar oponible a Estados Unidos, pero sí lo empezaba a ser en lo económico, político y cultural, de ahí el interés de México, en el periodo bajo estudio, por fortalecer sus ligas con Europa occidental en los dos niveles

disponibles: con los países individuales —especialmente con Inglaterra, Francia, Alemania y España, una vez que se reanudaron las relaciones diplomáticas con esta última, en 1977— y con la comunidad de naciones europeas en las diferentes formas y etapas de su desarrollo.

Las relaciones de México con el actor colectivo

Al inicio de los sesenta México había acreditado una misión especial ante la CEE, cuya razón de ser fue un acuerdo comercial de alcances modestos. Cuando en 1975 el proceso de integración europeo avanzó y la ruina dejada por la segunda guerra mundial dio paso a la prosperidad material y a un proyecto de futuro, se firmó un nuevo acuerdo entre México y la organización europea que, entre otras cosas, estableció un comité mixto encargado de vigilar la buena marcha del acuerdo e incluso de hacer recomendaciones. Ese comité participó en ocho reuniones, cuatro en México y cuatro en Europa.⁴² Y como se puede deducir por las cifras presentadas, el resultado, en términos económicos, no fue espectacular, pero la posibilidad de avanzar estaba abierta. Fue así que en 1991, justo cuando México empezó a negociar con Estados Unidos y Canadá los términos que llevarían a la firma de un acuerdo sobre los puntos centrales del TLCAN, entró en vigor el Acuerdo Marco de Cooperación entre la CEE y México, el cual contenía una cláusula evolutiva que lo convirtió en el compromiso más amplio que la CEE hubiera firmado hasta entonces con un país latinoamericano.

En principio, México estaba reactivando su vieja política de intentar un equilibrio entre la omnímoda presencia estadounidense en todos los terrenos y la deseable, en muchos sentidos, alternativa europea. Para entonces, 14% del comercio exterior mexicano se hacía con la Unión Europea y 20% de la inversión externa directa en México provenía de esos mismos países. Sin embargo, una vez que entró en vigor el TLCAN, esa relación económica de México con Europa perdió buena parte de su primer impulso, aunque el fenómeno fue más notorio en el área comercial que en la de inversión. Al concluir el siglo XX, el intercambio comercial México-Europa representaba apenas 6% de la totalidad, una proporción que recordaba los atípicos años de la segunda guerra mundial, cuando el conflicto casi cortó la antigua comunicación entre las dos regiones. Para México, la situación era particularmente desfavorable porque a lo limitado del intercambio se añadía su crónico carácter deficitario. Un déficit que la parte europea atribuyó no a la cerrazón de su mercado, sino a la falta de calidad de algunos de los productos mexicanos que, además del petróleo, se concentraban en cerveza, químicos, minerales y productos alimentarios.⁴³

En mayo de 1995, México y la organización europea suscribieron una declaración que avalaba el compromiso de negociar un nuevo acuerdo que, obviamente, debería ser más amplio que el anterior, pues a los temas de comercio, inversión y servicios se añadieron los de ciencia y tecnología, además de institucionalizar un diálogo de naturaleza política. El mayor apoyo entre los europeos para un acuerdo con mayor sustancia con México provino de España e Inglaterra.⁴⁴

Fue justamente en esa coyuntura que México experimentó un efecto inesperado del fin de la guerra fría. Durante el enfrentamiento con el bloque comunista, la Europa occidental, siguiendo la línea estadounidense, no había cuestionado la naturaleza del régimen autoritario mexicano, pues encontró conveniente continuar con la ficción diplomática de considerarlo como democracia. Sin embargo, en la nueva atmósfera, y por el interés que había despertado, a

partir de enero de 1994, el movimiento rebelde indígena en Chiapas —representado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)—, el Parlamento Europeo aprobó una resolución que pedía al gobierno mexicano aclarar una matanza de campesinos, miembros de un partido opositor, en el estado de Guerrero y que, además, se pronunciara sobre la situación en Chiapas.⁴⁵ Era claro que si México quería mejorar su relación con Europa, no se podía refugiar en su antigua defensa de no dar explicaciones sobre asuntos de política interna, pues para entonces la comunidad internacional valoraba la defensa de los derechos humanos por encima del principio de no intervención. La falta de democracia real era un obstáculo para la negociación con Europa, pero no era el único, el proteccionismo europeo era otro.

Al iniciarse 1996 —cuando México aún resentía los duros efectos del “error de diciembre” de 1994—, el propio presidente Zedillo marchó a Europa para mostrar su interés por acelerar el proceso de negociación. Entonces se vio que si bien la posición mexicana de liberalizar rápidamente el comercio mexicano-europeo contaba con el apoyo español y británico, Francia, Italia y Portugal se mostraban renuentes por temor a la competencia en materia de productos agropecuarios. Esta falta de consenso disminuyó el ritmo de la negociación, pero no la intensidad del cabildeo mexicano, que subrayó las ventajas para Europa de un México que ya era parte del TLCAN —lo que lo distinguía del resto de América Latina— y que en realidad exportaba más petróleo que productos agrícolas. La presión mexicana, donde la Secretaría de Relaciones Exteriores pudo desempeñar un papel más importante que el realizado en la negociación del TLCAN, finalmente tuvo éxito y el 13 de mayo de 1996, el Consejo de Asuntos Generales de la UE aceptó negociar una zona de libre comercio con México.⁴⁶

Aquí conviene subrayar que a diferencia de la negociación del acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, el signado con Europa tenía, además de todo el contenido económico, un apartado político: el relacionado con el respeto a la democracia y los derechos humanos —la “cláusula democrática”—, que debería aceptar todo país que pretendiera beneficiarse de un trato privilegiado con la UE. La resistencia del gobierno mexicano a someterse a este escrutinio retrasó la firma del acuerdo, que pudo haberse efectuado a mediados de 1996, pero tuvo lugar un año más tarde.

La derrota del PRI, en las elecciones intermedias de julio de 1997, fue el factor que convenció a los europeos; la liberalización del autoritarismo mexicano iba en serio. De ahí que dos semanas después de esas elecciones pudiera firmarse el protocolo de acuerdo entre México y los entonces 15 miembros de la UE, para que el 8 de diciembre de ese año, y como culminación de lo que había sido una larga y difícil negociación, se firmara el Acuerdo de Asociación Económica, Concertación Política y Cooperación entre la Unión Europea y los Estados Unidos Mexicanos (TLCUE).⁴⁷

Sin embargo, aún quedaba un escollo por salvar: la ratificación del acuerdo en los quince parlamentos europeos. El 25 de noviembre de 1999, la prensa mexicana destacó con grandes titulares que el tratado de libre comercio con Europa era un hecho y que el primero de julio del año 2000 entraría en vigor. Al llegar a esta fecha sólo el parlamento italiano regateaba su firma; la condicionaba a un buen desarrollo de la elección presidencial. Y cuando la prensa mundial dio a conocer que tras 71 años de monopolio sobre la presidencia mexicana, el PRI la había perdido, el diputado italiano Rocco Buttiglione, quien participó como observador en la elección mexicana, pudo asegurar que sus colegas ratificarían el acuerdo con México, como

efectivamente sucedió. El acuerdo tenía como meta conseguir la plena liberalización del comercio entre la UE y México en 2007, salvo por ciertos productos agropecuarios, donde las barreras se mantendrían hasta 2010.

El principio clásico de no intervención en asuntos internos de un país o conjunto de países fue un puntal de la política mexicana, desde que se elaboró la doctrina de política exterior de la Revolución mexicana, y se mantuvo hasta el fin de la guerra fría. Sin embargo, tras la derrota de la URSS, la defensa de los derechos humanos y de la democracia tomó tal relevancia que Europa se negaba a participar en acuerdos de libre comercio con sistemas que no se comprometieran explícitamente a respetar tales normas. Esto fue parte del ambiente internacional que obligó al gobierno de México a modificar paulatinamente su posición histórica.

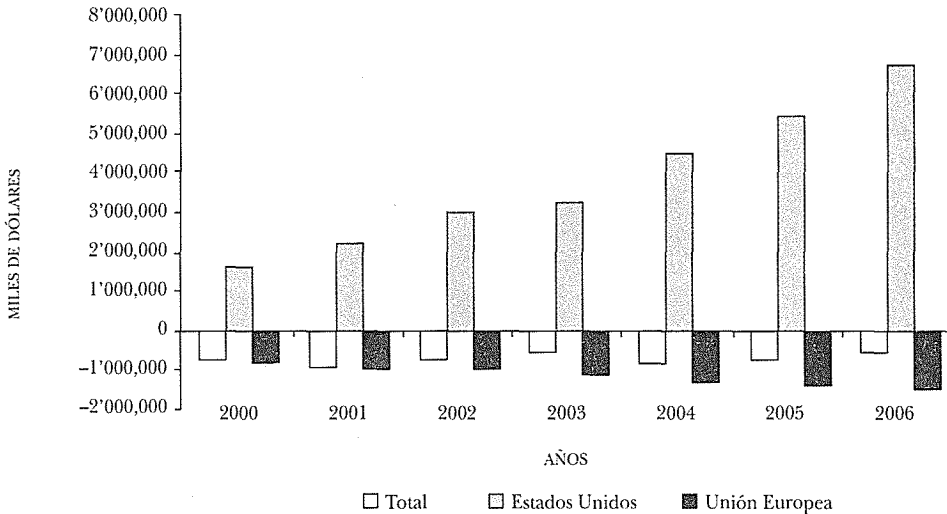


Figura 4. *Balanza comercial de México*

Fuente: elaborada con datos del Banco de Información Económica (BIE), <http://dgcnesyp.inegi.gob.mx/>

Para cuando se firmó el tratado de libre comercio entre México y la UE, el tráfico comercial entre ambos ya no era muy significativo y palidecía en contraste con el que México desarrollaba en el marco del otro tratado de libre comercio: el TLCAN. En efecto, en 2005 el valor del comercio total entre México y la UE apenas representó 11.6% del que México tuvo con su vecino del norte. Pero la importancia relativa de los intercambios México-UE no sólo era reducida, sino sistemáticamente deficitaria, mientras que el intercambio llevado a cabo con Estados Unidos, era superavitario. La conclusión inevitable era que México tendría que esforzarse mucho antes de poder usar el TLCUE como una manera de disminuir su enorme dependencia del TLCAN.

Tabla I. Principales socios comerciales de México, 2005

PAÍS O REGIÓN	EXPORTACIONES		IMPORTACIONES		SALDO DE LA BALANZA COMERCIAL MILLONES DE DÓLARES
	MILLONES DE DÓLARES	%	MILLONES DE DÓLARES	%	
Estados Unidos	183,052	85.7	118,262	53.4	64,790
Unión Europea	9,166	4.3	25,963	11.7	-16,797
Latinoamérica y el Caribe	8,701	4.1	12,094	5.5	-3,393
Canadá	4,230	2.0	6,163	2.8	-1,934
Japón	1,471	0.7	13,023	5.9	-11,552
China	1,134	0.5	17,631	8.0	-16,497

Fuente: Banxico, 2006.

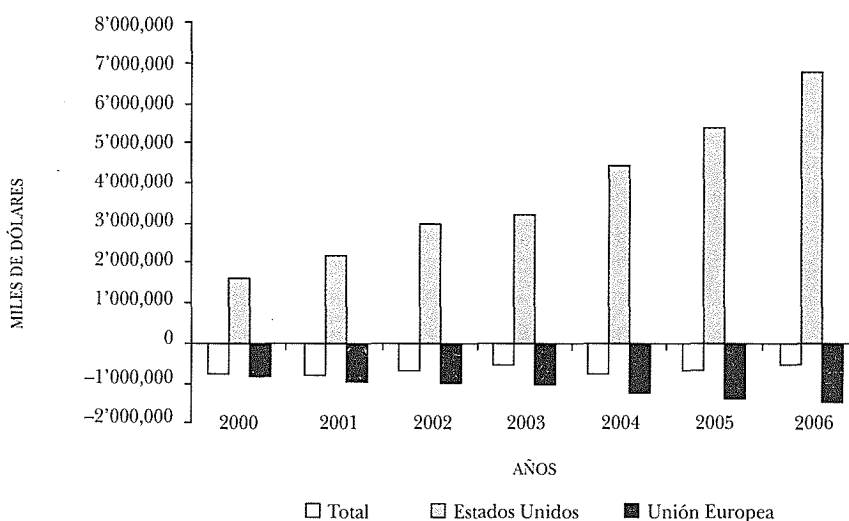


Figura 5. Balanza comercial de México con Estados Unidos y la Unión Europea, 2000-2006

Fuente: Banco de Información Económica (BIE), <http://dgcnesyp.inegi.gob.mx/>

Las relaciones bilaterales en la última etapa

Al final y pese a la existencia de la UE, la relación histórica de México con algunos de los países que la constituyen siguió pesando tanto o más que la relación con el nuevo conjunto. De ahí que antes de concluir valga la pena volver a enfocar la situación que guarda la relación con el puñado de países europeos con los que se tiene la conexión histórica más densa, es decir, España, Inglaterra, Francia y Alemania.

Tabla II. *Inversión extranjera directa anual en México de países seleccionados, 1999-2005*
(millones de dólares)

PERIODO	TOTAL	ESTADOS UNIDOS	REINO UNIDO	ALEMANIA	FRANCIA	ESPAÑA
1999 ^P	13,696.0	7,420.0	-187.5	764.4	168.1	1,042.1
2000	17,772.7	12,689.8	282.6	347.8	-2,483.0	2,112.5
2001	27,141.7	21,092.6	131.6	-110.4	392.5	739.2
2002	19,044.3	12,707.9	1,246.9	595.6	349.5	730.4
2003	15,256.2	9,555.4	1,056.0	462.6	529.6	1,776.0
2004	18,940.7	7,991.6	138.3	398.8	145.4	6,892.2
2005	15,993.1	9,586.5	965.0	341.2	394.6	1,333.5

^P Cifras preliminares a partir de la fecha en que se indica.

Fuente: Secretaría de Economía. Dirección General de Inversión Extranjera.

España

La UE asignó a España y a Portugal —las viejas metrópolis—, el papel de primus inter pares en la relación con América Latina. La expresión política de esa posición quedó muy clara en la institucionalización de las “Cumbres Iberoamericanas”, ocasión creada para que se reunieran los jefes de los gobiernos de América Latina con los de la península ibérica en “un foro privilegiado de consulta y concertación política cuyo propósito es reflexionar sobre los desafíos del entorno internacional”. La primera de esas reuniones se celebró justamente en México, en 1991, y para 2006 ya sumaban quince encuentros. La cercanía política de México y España era evidente y mutuamente benéfica.

En los sesenta —cuando se hablaba del “milagro mexicano”— España y México se encontraban en una situación económica muy similar e incluso había cierta ventaja respecto a México. Sin embargo, para 2006, España ya era parte del mundo desarrollado, y México seguía en su dilatado proceso de despegue. El ingreso per cápita español triplicaba al mexicano y la brecha tendía a ampliarse. Un elemento clave de esa diferencia fue el incremento de la inversión española en México, de ahí que al iniciarse el siglo XXI en la literatura popular que abordaba las relaciones hispano-mexicanas fuera frecuente tropezarse con el término “reconquista”, es decir, la reconquista económica de México; el término era exagerado pero ilustraba bien el punto.

En el siglo XIX y en la primera parte del XX, casi todos los capitales españoles en México fueron producto de una acumulación hecha en el país por miembros de la colonia española. Sin embargo, al iniciarse el siglo XXI, España era efectivamente y por primera vez exportadora de capitales a México. Y no sólo eso, sino como muestran las cifras, en 2004 su inversión directa sobrepasó a la de los otros países de la UE y casi igualó a la del principal inversor externo en México: Estados Unidos. Se trató de una circunstancia excepcional, pero no por ello dejó de ser reveladora.

La gran crisis del sistema bancario mexicano de 1994-1995 llevó a que la banca extranjera dominara un sector que, por mucho tiempo, había sido un baluarte de la burguesía finan-

ciera autóctona. Entre los nuevos actores en este campo destacaron los españoles: el Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) y el Banco Santander Central Hispano (BSCH), que adquirieron total o parcialmente a antiguos bancos mexicanos: Bancomer y Serfin, el primero y tercer sistema bancario mexicanos respectivamente. Para 2005 México aportó un tercio de las ganancias mundiales de BBVA y el BSCH reportó “utilidades sin precedente” en México. Esas cifras, que en España se recibieron con satisfacción, en México fueron objeto de cuestionamientos, pues si los bancos vivían una época de bonanza, la economía mexicana, en su conjunto, seguía mostrando muy poca vitalidad. El tema, sin ser tortuoso, no deja de ser mezquino: las ganancias de los bancos mexicanos —españoles, estadounidenses o de cualquier nacionalidad— fueron atribuidas menos a su excelencia financiera y más a un cobro excesivo por comisiones.

Fuera del sector bancario, la inversión española en México también era importante en hotelería, comunicaciones (Telefónica Móvil controlaba 11% del mercado mexicano), energía (Repsol-YPS), construcción de obra pública Obrascón Huarte Laín (OHL), automotriz y química. Para entonces, algunos de los grupos mexicanos más importantes, como Televisa y América Móvil —que habían crecido como resultado de sus posiciones cuasimonopólicas en el mercado mexicano— estaban considerando a España como punto de entrada y base de operaciones en el mercado europeo.⁴⁸

Tabla III. *Principales ramas económicas receptoras de inversión española. Distribución sectorial de la inversión española entre enero de 1999 y septiembre de 2006*

	RAMAS	MONTO (MILES DE DÓLARES)	%
1	Servicios de instituciones crediticias, bancarias y auxiliares de crédito	5'360,688.0	33.9
2	Comunicaciones	2'923,831.4	18.5
3	Electricidad	1'454,485.2	9.2
4	Servicios de instituciones financieras del mercado de valores	1'446,886.0	9.1
5	Fabricación de otras sustancias y productos químicos	899,888.6	5.7
6	Fabricación de cemento, cal, yeso y otros productos	509,946.7	3.2
7	Prestación de servicios profesionales, técnicos y especializados	506,719.9	3.2
8	Industria automotriz	418,211.2	2.6
9	Comercio de productos no alimenticios al por mayor	403,226.2	2.5
10	Otras industrias manufactureras	212,202.8	1.3
	Otras	1'691,550.6	10.8
	Total	15'827,636.6	100.0

Fuente: México, Secretaría de Economía, Subsecretaría de Normatividad, Inversión Extranjera y Prácticas Comerciales Internacionales. Dirección General de Inversión Extranjera.

Desde los treinta la política mexicana de asilo sirvió para dar refugio a los disidentes del franquismo, entre ellos algunos miembros de la organización separatista vasca Euzkadi ta Askatasuna (ETA). Sin embargo, el cambio de régimen en España modificó la posición de México en este punto. Así, durante el gobierno de Zedillo se arrestó y extraditó a varios ciudadanos españoles solicitados por el gobierno de Madrid, acusados de actividades terroristas. Con el cambio de régimen en México la cooperación en este campo pareció acentuarse. En septiembre de 2003, la Audiencia Nacional de España solicitó la captura y entrega de seis sospechosos residentes en México y la cancillería mexicana concedió el requerimiento el 30 de julio de 2004, por "asociación ilícita e integración en organización terrorista, allegamiento de fondos con fines terroristas". Sin embargo, el proceso resultó menos fácil y más espectacular de lo supuesto por ambos gobiernos. Hasta el final de 2006, la defensa legal de los presuntos etarras —que protagonizaron una huelga de hambre y una campaña de prensa que tuvo cierto eco interno— había conseguido detener la extradición.

En 2000, la transición mexicana fue reconocida y saludada por el gobierno y los medios españoles. En diciembre de ese año el gobierno de Madrid otorgó al expresidente Ernesto Zedillo un reconocimiento por su contribución al proceso de democratización y particularmente a la buena marcha de las relaciones hispano-mexicanas. Sin embargo, esta atmósfera de cordialidad política pronto se vio algo empañada por el rechazo del gobierno mexicano, en 2003, a las sugerencias de Madrid para que México, siguiendo el ejemplo del gobierno español, encabezado entonces por el conservador José María Aznar, respaldara la invasión estadounidense de Irak. Sin embargo, la diferencia duró poco, pues el gobierno del Partido Popular en España llegó a su fin en 2004 y su remplazo, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), retiró a sus tropas de Irak, con lo que las posiciones de los dos países volvieron a coincidir.

Alemania

En el año 2000, en su calidad de presidente electo y con el respaldo de su legitimidad democrática, Vicente Fox hizo una gira por Europa para hacer patente que México acababa de entrar en una nueva era política. Los alemanes recibieron al mandatario mexicano como portestandarte del cambio y auguraron una muy buena relación en el futuro. A principio de ese año, el embajador alemán en México sugirió que quizá hubiera llegado el momento de solucionar el estancado problema de Chiapas, el cual había tenido mucha repercusión en Europa.

Con Fox en Berlín, el gobierno huésped reiteró su confianza en que México respondería positivamente a las demandas de las comunidades indígenas, en tanto que la comunidad empresarial —la que mantenía la mayor inversión europea en México— sugirió que el nuevo México democrático debía lanzar un combate frontal contra la corrupción y la pobreza, dos de los grandes y evidentes obstáculos al desarrollo mexicano.⁴⁹ Los alemanes también hicieron pública la idea de que México podía avanzar aún más en el respeto a los derechos humanos, sobre todo en el ámbito local.⁵⁰ Al final, ninguno de esos deseos de los teutones se cumplieron a cabalidad en el sexenio foxista, pero el hecho no se reflejó en la relación oficial que mantuvo un tono de cordialidad y optimismo.

Al iniciarse 2002, el entonces canciller Gerhard Schroeder viajó a México. En esa ocasión planteó un interés antiguo, que volvería a surgir en el futuro: el deseo del capital alemán

de invertir en el sector energético mexicano. Obviamente, para ello era necesario remover ciertos obstáculos legales a la admisión del capital externo en las ramas de petróleo y electricidad. Se trataba, en palabras del embajador alemán, de que México se decidiera a implementar cambios "para crear también más justicia social, no [...] para enriquecer a los capitalistas [sino] para crear más riqueza [y] distribuir esta riqueza y dar más electricidad a los que todavía no la tienen".⁵¹ La petición encontró eco en el gobierno mexicano pero no en los legisladores, los que realmente tenían la llave para efectuar o impedir los cambios sugeridos.

En los años siguientes se mantuvo la demanda alemana en este campo, a la vez que se subrayó la necesidad de que México mejorara la seguridad en ciudades y carreteras, pues la creciente inseguridad repercutía negativamente en el costo del transporte y disminuía un tanto el atractivo de México como país de inversión.⁵² Sin embargo, y pese a que México no era todo lo seguro y abierto que fuera deseable, desde la perspectiva alemana, para mediados de 2006 operaban en el país 953 empresas con participación alemana, sostenían cien mil puestos de trabajo con una inversión total de 17 mil millones de dólares y una producción equivalente a 6% del PIB mexicano. La inversión alemana se concentraba en el sector servicios (35.4% del total), manufacturas (32.6%) y comercio (26.7%); y se localizan en mayor medida en el Distrito Federal, Estado de México y Puebla. En la industria automotriz sobresalían dos gigantes: Volkswagen y Daimler-Chrysler.⁵³

Tabla IV. Principales ramas económicas receptoras de inversión alemana en México, 2005

	RAMAS	MONTO (MILES DE DÓLARES)	PART. %
1	Industria automotriz	678,752.4	24.3
2	Industria básica del hierro y del acero	575,528.0	20.6
3	Fabricación de sustancias químicas básicas	501,978.3	18.0
4	Fabricación de otras sustancias y productos químicos	457,339.8	16.4
5	Comercio de productos no alimenticios al por mayor. Incluye alimentos para animales	355,974.6	12.8
6	Fabricación de equipo electrónico de radio, televisión, comunicaciones y de uso médico	266,013.4	9.5
7	Prestación de servicios profesionales, técnicos y especializados	219,252.4	7.9
8	Fabricación de maquinaria, equipo y accesorios eléctricos	158,835.3	5.7
9	Imprentas, editoriales e industrias conexas	131,031.9	4.7
10	Servicios relacionados con el transporte aéreo	126,738.1	4.5
	Otras	-682,650.3	-24.4
	Total	2'788,793.9	100.0

Fuente: México, Secretaría de Economía, Subsecretaría de Normatividad, Inversión Extranjera y Prácticas Comerciales Internacionales. Dirección General de Inversión Extranjera.

Gran Bretaña

A mediados de 2000, los inversionistas británicos, como el resto de Europa, esperaban un nuevo triunfo del PRI en las elecciones presidenciales, pero aceptaron con beneplácito el triunfo electoral del “ranchero revolucionario” Vicente Fox.⁵⁴

Ya como presidente electo, Fox visitó Gran Bretaña y un académico especializado en asuntos mexicanos, Alan Knight, resumió así la coyuntura: “En el público en general no hay mucho interés en México, o en Fox, pero en los círculos de hombres de negocios y expertos que siguen los acontecimientos mexicanos, la visita del presidente electo se ve con mucho entusiasmo [porque] se espera que con el tratado firmado con la Unión Europea habrá más comercio entre México y Gran Bretaña”. Otro especialista y observador agudo, George Philip, vaticinó: “A Fox le será difícil gobernar, siendo un presidente minoritario tendrá mucho trabajo para reformar el sistema”.⁵⁵

De cualquier manera, en Gran Bretaña dominaba el optimismo en torno a una inversión directa en México, que se calculaba en siete mil millones de dólares. El lado débil de la relación era el comercio, pues apenas alcanzaba mil millones de dólares. Del lado británico se subrayó que si aprovechaba con inteligencia el marco del tratado de libre comercio con la UE se abriría la posibilidad de duplicar el monto en muy corto plazo.⁵⁶

A fines de 2001 el ministro británico Tony Blair decidió visitar México y combinar política con vacaciones familiares, dando así una muestra de particular cercanía con el nuevo régimen mexicano. A raíz de la visita, un Vicente Fox poseído por un optimismo desbordado expresó su esperanza de que el intercambio de México con la UE alcanzara pronto un nivel de intercambio superiores al que ya se tenía con Estados Unidos y Canadá. Mientras tanto, el primer ministro y el presidente suscribieron una declaración conjunta en la que refrendaron su compromiso con la democracia, la pluralidad, el estado de derecho y los derechos humanos, en el marco del respeto mutuo. La atmósfera de la relación bilateral era entonces óptima y la reafirmó el apoyo británico a la candidatura de México para ocupar un asiento como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de la ONU.⁵⁷

Lo que ocurriría unas semanas más tarde en el escenario internacional —el ataque de los fundamentalistas islámicos a dos ciudades estadounidenses el 11 de septiembre— tendría un impacto indirecto pero claro en la relación bilateral anglo-mexicana. A raíz del sorpresivo ataque, Blair no perdió tiempo en poner a Gran Bretaña detrás de Estados Unidos, pero Fox mantuvo una distancia relativa y tensa frente a la superpotencia. Esta circunstancia se hizo evidente en el foro de Naciones Unidas, cuando se discutió, a inicios de 2003, la propuesta de Estados Unidos para actuar contra Irak, alegando que ese país contaba con armas de destrucción masiva. En ese debate, Gran Bretaña respaldó a Washington, pero México pidió dar mayor tiempo a la inspección internacional de Irak, antes de tomar una decisión tan radical como invadir ese país para provocar un cambio de régimen. Frente al tema Irak-Estados Unidos, Gran Bretaña y México tomaron rutas distintas, aunque esa diferencia en torno a la naturaleza del sistema internacional y el predominio estadounidense no afectó en nada el intercambio comercial entre ambos países ni la inversión británica directa en México.

Tabla V. Principales ramas económicas receptoras de inversión del Reino Unido, 1999-2005

	RAMAS	MONTO (MILES DE DÓLARES)	PART. %
1	Servicios de instituciones crediticias, bancarias y auxiliares de crédito	2'008,764.7	74.3
2	Prestación de servicios profesionales, técnicos y especializados	162,349.9	6.0
3	Comunicaciones	145,965.6	5.4
4	Fabricación de maquinaria, equipo y accesorios eléctricos	101,202.4	3.7
5	Industria de las bebidas	96,817.2	3.6
6	Otras industrias manufactureras	82,880.6	3.1
7	Extracción y/o beneficio de minerales metálicos no ferrosos	79,305.5	2.9
8	Fabricación de maquinaria y equipo para usos generales	48,695.1	1.8
9	Fabricación de cemento, cal, yeso y otros productos	43,456.9	1.6
10	Fabricación de equipo electrónico de radio, televisión, comunicaciones y de uso médico	34,590.0	1.3
	Otras	-100,475.4	-3.7
	Total	2'703,552.5	100.0

Las cifras corresponden a la inversión del Reino Unido entre enero de 1999 y diciembre de 2005.

Fuente: Banco Nacional de Comercio Exterior.

Francia

Cuando el presidente electo Vicente Fox arribó a Francia, en octubre de 2000, hacía siete meses que se había ratificado un Acuerdo Bilateral de Promoción y Protección de las Inversiones, negociado desde 1998. Como en otros países europeos, Fox fue muy bien recibido en su calidad de líder de un nuevo régimen democrático. El nuevo dirigente mexicano, rebosante de optimismo, invitó a los empresarios franceses a reforzar sus inversiones y volvió a comprometerse con la creación de un ambiente de seguridad y honestidad para el inversor externo y auguró una pronta apertura al capital privado de los sectores económicos que los europeos estaba interesados en explorar: electricidad y petróleo.

La institucionalización de contactos siguió su marcha y se celebraron las reuniones de consultas políticas entre México y Francia y las de la comisión binacional de la cámara de diputados y la asamblea nacional. Las visitas presidenciales en ambos sentidos continuaron con normalidad, aunque sin ningún resultado digno de anotarse. Como en el caso de los otros grandes países europeos, el corazón de la relación bilateral franco-mexicana era el comercio y la inversión. El intercambio denotaba un llamativo equilibrio del lado francés; sus exportaciones a México tenían un perfil muy armónico: $\frac{1}{3}$ en bienes de equipo, $\frac{1}{3}$ en bienes intermedios y $\frac{1}{3}$ en bienes de consumo, incluyendo los productos de la industria agroalimentaria y el sector automotor.

Al inicio del siglo XXI, la industria automotriz francesa había retornado a México con las firmas Peugeot y Renault, aunque para entonces la competencia en el mercado era mucho mayor que cuando esta última dejó el país, durante la crisis en los ochenta. Francia era el decimocuarto cliente para las exportaciones mexicanas y su decimoprimer proveedor. Más de 700 empresas francesas tenían presencia en México y su producción rondaba entre los 8,000 y 10,000 millones de dólares. Así, al final del primer lustro del siglo XXI, las relaciones franco-mexicanas eran deficitarias para México, pero buenas en términos generales aunque no muy importantes para ninguno de los dos.⁵⁸

A diferencia de lo sucedido con Gran Bretaña en 2003, la crisis desatada dentro de Naciones Unidas, a raíz del debate e invasión de Irak, encontró a México y Francia comparando la misma posición —y los mismos costos políticos— en el seno del Consejo de Seguridad. En los años siguientes, los gobiernos de la ciudad de México y París no dejaron pasar las oportunidades de declararse en favor de las soluciones multilaterales a problemas como los creados por la invasión de Irak. Finalmente, como en los otros casos de las relaciones históricas de México con Europa, pero particularmente en lo que toca a Francia, a los aspectos económicos y políticos debe de añadirse el campo de la cultura, la cooperación científica y la educación, en particular la de posgrado, que siguió siendo cultivado con esmero por los franceses.

Tabla VI. *Inversión directa de Francia en México por ramas de actividad, 1999-2006*

RAMAS	MONTO (MILES DE DÓLARES)	
1	Industria automotriz	571,356.8
2	Comercio de productos no alimenticios al por mayor	304,660.8
3	Fabricación de maquinaria, equipo y accesorios eléctricos	166,517.3
4	Prestación de servicios profesionales, técnicos y especializados	142,890.8
5	Servicios relacionados con el transporte aéreo	126,222.4
6	Electricidad	121,662.3
7	Otros servicios inmobiliarios	106,081.8
8	Hoteles y otros servicios de alojamiento temporal	97,130.9
9	Fabricación de equipo electrónico de radio, tv, comunicaciones y de uso médico	87,079.3
10	Elaboración de productos lácteos	58,833.6
	Subtotal	1'782,436.0

Las cifras corresponden a la inversión del Reino Unido entre enero de 1999 y diciembre de 2005.

Fuente: Banco Nacional de Comercio Exterior.

En 1968, tanto México como Europa —occidental y oriental— y Estados Unidos experimentaron, por causas y en formas diversas, una confrontación política y cultural abierta entre la parte más joven y más educada de sus respectivas sociedades y las estructuras vigentes de poder. Desde ese poder, la respuesta más dura y brutal al cuestionamiento juvenil tuvo lugar en los sistemas más autoritarios, como México o Checoslovaquia. Al final, los rebeldes no le ganaron la partida al statu quo en ningún caso, pero las cosas ya no volvieron a quedar exactamen-

te en su sitio y fueron los regímenes autoritarios los que más perdieron legitimidad. La guerra fría continuó por poco más de dos decenios. Y sería en Europa, donde esa pugna mundial había nacido, donde también terminaría, en 1989, con la caída del Muro de Berlín y la posterior desaparición de la Unión Soviética.

En Europa occidental, los imperativos de la guerra fría, y el recuerdo de las dos terribles guerras mundiales anteriores, llevaron a acelerar una integración económica sin precedentes —y a echar por la borda los últimos vestigios del pasado colonialista— como el mejor camino para afianzar la cooperación política y la paz. El resultado definitivo de ese proceso aún esta por alcanzarse, pero la UE resultó ser una espectacular innovación en el sistema internacional. La UE es lo que permitió a la Europa de las posguerras asegurar la paz interna y lograr un desarrollo económico notable, pero sin contar con un logro equivalente en el terreno militar.

En el mismo periodo, México no supo modificar a tiempo ni su sistema productivo ni el político. En 1982 el modelo económico de lo que veinte años atrás se había calificado como “el milagro mexicano” entró en una crisis terminal. En el siguiente cuarto de siglo la tasa de crecimiento real promedio del país se caracterizaría por su mediocridad: menos de 1% anual. Esa circunstancia llevó a que a fines de los ochenta la clase política se empeñara en alcanzar la firma de un tratado de libre comercio —el TLCAN— con Canadá y, sobre todo, con su poderoso vecino del norte: Estados Unidos.

Dado los efectos acumulativos de la Revolución mexicana y la primera guerra mundial, la relación histórica entre México y Europa occidental tendió a debilitarse y, por consiguiente, a fortalecerse la relación de México con Estados Unidos. Con la entrada en vigor del TLCAN, en 1993, ambas tendencias se ahondaron. A contracorriente, México se esforzó entonces por no perder del todo la conexión europea, pues aunque muy menor en comparación con la dominante y cada vez más fuerte relación económica, cultural y demográfica con Estados Unidos, Europa representa para México una manera de aflojar el abrazo estadounidense y mantener una cierta pluralidad en su relación con el exterior.

A la firma del tratado de libre comercio entre México y la UE le siguió la transformación del sistema político mexicano. La pérdida del PRI de la presidencia por la vía electoral, tras 71 años de monopolio político, facilitó el surgimiento de una atmósfera más positiva en la relación México-Europa. Sin embargo, la época dorada de esa relación, la que tuvo lugar a inicios del siglo XX y que permitió a México crear un cierto equilibrio interior entre los intereses estadounidenses y europeos, parecía imposible de recrear a inicios del siglo XXI. Las cifras económicas mostraban que las bases materiales de la relación de México con los europeos, ya fuera en el ámbito bilateral o multilateral, no eran muy sólidas. En 2007, México es la parte más interesada en potencializar al máximo la relación con Europa, en lo económico, en lo político y en lo cultural. Sin una alternativa realista a la concentración de las relaciones externas mexicanas con Estados Unidos, Europa seguía presentándose como una posibilidad, si no de evitar el fuerte abrazo estadounidense, al menos la sensación de asfixia que producía.

ÍNDICE DE FIGURAS Y TABLAS

- Figura 1. *Inversión europea directa en México, 1960-1979*, 394
Figura 2. *Comercio de México con Europa, 1960-1979*, 395
Figura 3. *Comercio de México con Europa y Estados Unidos, 1960-1979*, 395
Figura 4. *Balanza comercial de México*, 405
Tabla I. *Principales socios comerciales de México, 2005*, 406
Figura 5. *Balanza comercial de México con Estados Unidos y la Unión Europea, 2000-2006*, 406
Tabla II. *Inversión extranjera directa anual en México de países seleccionados, 1999-2005*, 407
Tabla III. *Principales ramas económicas receptoras de inversión española.*
Distribución sectorial de la inversión española entre enero de 1999 y septiembre de 2006, 408
Tabla IV. *Principales ramas económicas receptoras de inversión alemana en México, 2005*, 410
Tabla V. *Principales ramas económicas receptoras de inversión del Reino Unido, 1999-2005*, 412
Tabla VI. *Inversión directa de Francia en México por ramas de actividad, 1999-2006*, 413